

Atentados en Kabul

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Se esperaban. Desde hacía días los servicios de Inteligencia estadounidense y británico lo habían advertido. De hecho, antes de los ataques terroristas, los propios talibanes habían tratado de dispersar a la multitud que se agolpaba en los accesos al aeropuerto disparando al aire. Esto no era algo nuevo, pero, acercándose la fecha de poner fin a las tareas de evacuación, cobraba más sentido aún. Sin descartar incluso que pudiesen tener información de los propios soldados americanos. Sea como fuere, lo cierto es que los atentados de la tarde del 26 de agosto se saldaron con una centena de muertos y unos 150 heridos, una auténtica masacre reivindicada por el Estado Islámico de Jorasán, organización terrorista nacida en 2015 vinculada al ISIS. Jorasán era una antigua provincia persa que englobaba un vasto territorio compuesto actualmente por Afganistán, Paquistán y parte de las ex repúblicas asiáticas de la URSS.

Dicho esto, conviene detenerse, en primer lugar, en el escenario de los atentados, debido a la carga simbólica que entraña: el aeródromo Hamid Karzai y sus alrededores. Es el espacio geográfico donde está puesto el foco internacional y las esperanzas de las miles de personas que quieren salir de Afganistán. Mientras Kabul permanece relativamente tranquila, con las calles patrulladas por los talibanes arma en ristre, en el aeropuerto se están viendo momentos dramáticos, ahora intensificados con estas explosiones. En concreto, en la puerta Abbey, su principal entrada, y cerca del Hotel Baron, bastante próximo. El primer punto está controlado exteriormente por los talibanes e interiormente por el Ejército de Estados Unidos, lo que supone un mensaje directo a ambos actores, es decir, a las nuevas autoridades de Afganistán y a los “cruzados” invasores. El fallecimiento de trece marines constituye un enorme trofeo. Por su parte, el establecimiento hotelero era la base de operaciones de los británicos para llevar a cabo sus repatriaciones. Por lo tanto, un recado asimismo explícito a los ocupantes y sus intereses.

En segundo lugar, es preciso fijarse en el momento en que se llevaron a cabo los atentados: muy pocos días antes del 31 de agosto. Otra vez el mensaje es doble. A Estados Unidos y a sus aliados para insistir en que las operaciones no se pueden prolongar en el tiempo. Tal es así que algunos países finalizaron en ese momento su misión, aunque otros ya la habían concluido. Estas agresiones eran, por consiguiente, un recordatorio. Pero también para los talibanes, enemigos del Estado Islámico de Jorasán y quienes llevan tiempo negociado con los Estados Unidos. Para el EIJ, es inconcebible cualquier tipo de acuerdo con las potencias occidentales. De ahí que renieguen de las conversaciones de Doha impulsadas en su día por Donald Trump con los talibanes. Incluso, cuando éstos tomaron Kabul, hablaron de “falsa victoria”, refiriéndose a un pacto oculto con los estadounidenses para hacerse con el poder. Con independencia de su verborrea, la verdad es que talibanes y norteamericanos llevan hablando desde hace tiempo y más en estos días para articular las salidas. Los yihadistas, pues, pretenden poner evidencia este diálogo.

En tercer lugar, ¿cómo explicar esta férrea pugna entre los talibanes y el EIJ? En especial, cuando los puntos en común son varios y de vital importancia. Desde el punto de vista religioso, ambos son sunitas y se nutren del salafismo. Étnicamente, talibanes y yihadistas son mayoritariamente pastunes. Finalmente, por lo que hace referencia a su concepción política, todos ellos aspiran a la implantación de la sharía. ¿Cuáles son, entonces, las diferencias? Los talibanes aspiran a un emirato dentro de las propias

fronteras afganas, mientras que, por el contrario, el EIJ forma parte de un movimiento yihadista internacional que aspira a reconstruir el califato. Su primer intento se produjo con el ISIS en Irak y Siria con capital en Raqqa. Si se me permite la expresión, serían internacionalistas. Además, como grupo suní radical, el EIJ es enemigo acérrimo de los chiís, por lo que algunos de sus ataques se han dirigido contra los hazara, minoría de credo chiíta. Finalmente, aunque de origen pastún, como partidarios del mencionado internacionalismo, el EIJ está abierto a la entrada en sus huestes de grupos étnicos no pastunes, recordándonos que Afganistán es un crisol de etnias.

En este escenario tan enrevesado, no es de extrañar nuevos atentados, tal como ha advertido Secretario de Estado para la Defensa británico, Ben Wallace. El EIJ sólo alberga a unos pocos miles de combatientes, pero pueden causar bastante daño si sus células durmientes se activan y favorecen la llegada al país de más terroristas. A este respecto, las advertencias de caza y captura de Joe Biden resultan muy difíciles de llevarse a cabo con sus tropas en retirada. Por su parte, los talibanes tendrán que estar muy atentos para frenar esta actividad si quieren mantener un mínimo de credibilidad ante la comunidad internacional, sobre todo, con vistas a China, Rusia o Irán. No olvidemos que los talibanes se han proclamado garantes del orden y han prometido que su país no será la base de operaciones contra otros estados. Habrá que verlo y qué papel juega la Inteligencia paquistaní, tan presente en los asuntos afganos.

27 de agosto de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, 29 de septiembre de 2021, p. 28
con el título “Afganistán tras los atentados”